
GLOBALIZACIÓN Y CIENCIA ECONÓMICA: APUNTES SOBRE MUCHAS EQUIVOCACIONES Y SUS REPETICIONES¹

Theotonio dos Santos²

Este trabajo defiende la tesis de que la ciencia económica, bajo la forma del “mainstream” neoliberal se convirtió en un obstáculo para la comprensión del sistema económico mundial. Sus recomendaciones buscan limitar el crecimiento económico en los países centrales y lanza las zonas dependientes en gran crisis. Esto ocurre en un momento de gran potencial de crecimiento, una nueva fase la de los ciclos largos de Kondratiev basada en las innovaciones generadas por la revolución técnico-científica. Se compara la ciencia económica actual a la Escolástica medieval que se convirtió en el obstáculo principal para la gran ofensiva modernizadora iniciada en el renacimiento.

LA NUEVA ESCOLÁSTICA

Parece que el tema del crecimiento económico retornó al centro del pensamiento y la práctica económica. Todos los días los inversionistas de los países centrales y periféricos, particularmente los latinoamericanos, aguardan las estadísticas del crecimiento de la economía norteamer-

-
1. Tomado de <http://psa.org.ar/am-rica-latina-cooperaci-n-o-conflicto-por-theotonio-dos-santos> Unidad Latinoamericana y Caribeña América Latina ¿Cooperación o conflicto? (ALAI) – ARGENPRESS. Fecha de publicación: 10/05/2007
 2. Theotonio dos Santos es profesor titular de Economía de la Universidad Federal Fluminense, es coordinador de la Cátedra y Red Unesco – Universidad de las Naciones Unidas sobre Economía Global y Desarrollo Sostenible.

ricana. Paradójicamente, en el año 2000, los señores de las finanzas querían noticias desfavorables al crecimiento. Ellos deseaban un “aterrizaje suave” de la economía norteamericana en un nivel más bajo de crecimiento. ¿Y por qué?, porque la “teoría” económica neoliberal afirma que crecimiento genera pleno empleo y el pleno empleo genera inflación. Más aún: esta “teoría” económica había elevado (en la fase “b” del ciclo largo de posguerra) la tasa de pleno empleo al 6 o 7% de desempleados. ¡Pero en 2000 los EE. UU. tenían solamente 3,7% de desempleados!

El lector se preguntará: ¿pero seguramente hay vastos estudios científicos por detrás de estas afirmaciones? Yo le puedo decir tranquilamente que no los hay. Estas tesis se fundamentan en razonamientos lógicos con alguna ilustración matemática. De la misma manera que los escolásticos medievales probaron a Cristóbal Colón que la tierra no podría ser redonda o a Galileo que la tierra no puede girar alrededor del sol con argumentos lógicamente incontestables, estos economistas “prueban” que menos del 6% de desempleo provoca una terrible inflación.

Cuándo la economía norteamericana llega al 3,7% de desempleo con disminución de la inflación, ¿saben Uds. lo que hacen? No cuestionan para nada su aparato “teórico”. Simplemente revisan su tasa mínima de desempleo para los 3,7% y exigen aumento de la tasa de interés porque ahora sí la economía llegó a la más baja tasa de desempleo. ¡Con menos del 3,7% no se podrá impedir la inflación!

Si estos señores usaran su pretendida actividad científica para ejercicios literarios, todo estaría bien. Pero ellos influncian las políticas estatales y los agentes económicos, forman la cabeza de los nuevos economistas y desperdician recursos humanos que podrían producir trabajos más interesantes para la humanidad. En su análisis de las ondas largas, Kondratiev constató la existencia de ciclos de 50 a 60 años compuestos de una fase a en la cual predominan los años de crecimiento económico con una duración de 25 a 30 años y una fase b con predominio de años recesivos o de bajo crecimiento, de igual duración.

El progreso de la humanidad en el Renacimiento dependió vitalmente del derrumbe de la hegemonía del pensamiento escolástico sobre el Occidente Europeo. De la misma forma, el progreso de la humanidad en la presente fase del desarrollo económico mundial depende del derrumbe del pensamiento económico neoclásico bajo su versión ultraliberal. Esta no parece ser una tarea fácil. Véase el caso del surgimiento del superávit

fiscal de cerca de 200 mil millones de dólares en Estados Unidos, después de años de déficit fiscal creado por los gastos de los neoliberales en recursos de guerra y en el pago de altos intereses de la deuda pública.

Los demócratas, con apoyo de la mayoría de la población, propusieron utilizar este superávit para mejorar el sistema de previsión social (que los neoliberales demostraron a la sociedad que no podría continuar existiendo por falta de fondos). Ahora que estos fondos sobran debido al abandono de los gastos ociosos que ellos impusieron al país, proponen y logran disminuir los impuestos y hacer desaparecer estos excedentes. ¿Con qué argumento? No invocan su verdadera razón, que es la defensa a ultranza de los intereses de los ricos, sobre quienes caerán los beneficios de los recortes de impuesto. En un juego de palabras alegan que los recortes de impuestos favorecen a los empresarios que son los inversionistas que garantizan el crecimiento.

Por otro lado, quieren detener a toda costa el crecimiento resultante de la política de Clinton que abandonó sus recetas recesionistas. De hecho, los años de hegemonía neoliberal mostraron que los recortes de impuestos, sobre todo de los ricos, llevaron solamente al déficit fiscal, a la disminución del crecimiento y a la crisis recesiva que en octubre de 1987 y en 1989 a 1991 derrumbó la economía norteamericana llevando a la caída de Bush y de los republicanos.

En los días actuales vemos al Bush hijo retomar las mismas políticas en el interior de una recesión económica grave provocada por las políticas restrictivas del Banco Central norteamericano, el cual intenta ahora arreglar el desastre provocado por él al reducir drásticamente la tasa de interés.

RECOMENDACIONES PARA LAS COLONIAS

Estos intereses y prejuicios “científicos” disfrazados de ciencia económica son aún más graves cuando recaen sobre economías más limitadas y sufridas, como las de los países dependientes y Subdesarrollados, para estar bien con el inexplicable optimismo actual, economías en desarrollo o “emergentes”. Oponerse al crecimiento en tales circunstancias es simplemente un crimen. Sin embargo, esta es la orientación del FMI y de los equipos económicos “ultracompetentes” que asolan nuestros gobiernos.

Cercados de miseria por todos lados, continúan insistiendo que el problema de nuestros países es el exceso de demanda y sus efectos inflacionarios. Pero ¡si vivimos en una época deflacionaria! A propósito de esto, todos estos equipos se beneficiaron de la tendencia mundial a la deflación que derrumbó todas las hiperinflaciones del mundo en la primera mitad de los años 90.

Todos atribuyeron a sus políticas económicas el control de una inflación que espontáneamente caía en todo el mundo, a pesar de los déficits comerciales y fiscales que estos equipos generaron durante la década del 90. Todos sabemos que monedas supervaloradas, como practicaron Salinas hasta 1994 y el Plan Real de Fernando Henrique Cardoso, hasta el desplome de enero de 1999, provocan presiones inflacionarias.

Sabemos también que un aumento de la deuda pública en 10 veces en 7 años, como ocurrió en el Brasil de Cardoso, es una terrible bomba de tiempo que deberá explotar en el futuro no muy lejano a través de violentas presiones inflacionarias. Sin embargo, las políticas de desvalorización cambial no provocaron inflación y, al contrario, estuvieron asociadas a períodos de control inflacionario. Después de las devaluaciones cambiarias, estos equipos fueron sorprendidos por los efectos positivos de un cambio más equilibrado. En vez de revisar sus conocimientos de economía, se vanagloriaron de su capacidad de provocar fenómenos totalmente contrarios a sus previsiones.

Cuando el entonces candidato a la presidencia de México, Fox, propuso una tasa de crecimiento del producto bruto del 6 al 7% se rieron de él, de su ingenuidad y desconocimiento de la economía. En vísperas de las elecciones, se apuraron en divulgar el aumento de las tasas de crecimiento de México para el 6,7%. Hábil, Fox les respondió con una pregunta: ¿de qué se vanaglorian ustedes? ¿no es que era imposible? Sin embargo, a pesar de sus evidentes fracasos, estos señores no pierden el respeto que los medios de comunicación y la opinión pública oficiosa mantienen en sus artes de hechiceros. El Fox presidente los ha mantenido en el poder, a pesar de sus crasos errores de política económica y sus falsas previsiones. El primer año de su gobierno, el PIB cayó drásticamente.

Han convencido al candidato fogoso que creía en el crecimiento, que la recesión es el mejor camino para derrotar una inflación ya derrotada, no por ellos sino por la devaluación de activos mundiales, por la

caída del precio de commodities (excepto en parte el petróleo, lo que es bueno para México), por la baja dramática de los precios de productos manufacturados, etc.

LAS POSIBILIDADES HISTÓRICAS CHOCAN CON LA TEORÍA

Vemos, por tanto, que los sectores interesados en el crecimiento económico en una fase histórica extremadamente favorable al mismo, pues nos encontramos en una fase “a” del ciclo de Kondratiev, como venimos afirmando desde 1993, en contra de todo un aparato pretendidamente teórico que negaba el crecimiento de la economía norteamericana, hablando del rompimiento de una burbuja financiera que se había roto en 1987, o de un límite inflacionario determinado por un pleno empleo cuyas bases fueron cayendo año a año.

Es hora de decirlo incisivamente: la humanidad puede resolver algunos de sus problemas milenarios en la fase actual del desarrollo de las fuerzas productivas. Para esto deberá emplear masivamente su capacidad de ampliar su base tecnológica a través de innovaciones cada vez más radicales, basadas en la robótica y en las nuevas fases de la revolución técnico-científica, como la ingeniería genética, el láser, los nuevos materiales, la biotecnología, etc.

Lo que bloquea esos avances es la conservación de relaciones de producción atrasadas que impiden el pleno desarrollo económico y la aplicación de políticas industriales que favorezcan el crecimiento. Son las ideas ya superadas que se oponen a la disminución de la jornada de trabajo, a la distribución más justa de las riquezas, a la utilización de los excedentes en favor del desarrollo social, a la hegemonía de una cultura planetaria más solidaria y pluralista, basada en el respeto de las potencias económicas a cada civilización, a cada cultura local o nacional.

Cercada de miserables y orientada por una “ciencia” económica destinada a probar la necesidad de la miseria, la humanidad se encuentra, como en la Baja Edad Media, contenida en su potencial transformador y revolucionario. Hagamos como Colón, desafíemos a los teólogos del atraso. Es como romper la punta de la cáscara del huevo y él se pondrá de pie. El verdadero origen de los errores sistemáticos de evaluación de la economía mundial se encuentra en el universo teórico generado por la ortodoxia de la ciencia económica. Se puede confirmar esta tesis al cons-

tatar las amenazas de nuevas situaciones muy delicadas como consecuencia de los errores pasados.

De un lado, los Estados Unidos presentaron una fuerte tendencia al crecimiento, sin inflación y con disminución significativa del desempleo. Sin embargo, este comportamiento de la economía norteamericana que se mantuvo aproximadamente ocho años no estaba de acuerdo con la teoría económica ortodoxa. Según estas teorías, la mantención de altas tasas de crecimiento y la tendencia al pleno empleo ya debería haber generado fuertes presiones inflacionarias, a pesar de que este crecimiento estuvo asociado a la formación de un superávit fiscal, lo que les pone los pelos de punta a los economistas keynesianos, miembros ahora desplazados del “mainstream”.

Frente al desmentido de los hechos a esta interpretación fracasada de la teoría económica oficial, lo que debe cambiarse es la realidad y no la teoría. Por lo menos es esta la actitud de los presidentes de bancos centrales. A la cabeza, el presidente del Federal Reserve Board de Estados Unidos, el Sr. Alan Greenspan. Para justificar los aumentos de la tasa de interés pagadas por el Fed en circunstancias de una inflación controlada, este “mago” de las finanzas nos habló de una inflación secreta. Con esto se justificó la contención del crecimiento de la economía norteamericana a través de un aumento absurdo de la tasa de interés en el año 2000.

Lo más grave es como la prensa internacional y gran parte del conservadurismo norteamericano saludó el “éxito” del Fed en detener el crecimiento norteamericano, en aumentar el desempleo, en disminuir la construcción de nuevas casas y así en adelante. Pareciera que la función de la ciencia y de las políticas económicas es generar desempleo y miseria.

¿En nombre de qué base teórica o empírica pueden estos señores intervenir tan poderosamente en la economía y saludar las miserias por ellos impuestas a la población? ¿En qué manual de economía y en qué trabajo teórico significativo existe este concepto de inflación secreta? ¿Cómo se la mide? ¿Cómo se la combate? Es natural, por lo tanto, que hasta sectores conservadores se pronunciasen en contra de esta decisión reaccionaria y criminal de aumentar la tasa de interés sin serias señales de inflación. Incluso el aumento del precio del petróleo fue absorbido sin grandes efectos inflacionarios.

OTRA VEZ SUS EFECTOS EN LAS ECONOMÍAS DEPENDIENTES

Como vimos, es más grave sin embargo la aplicación de estas “teorías” en los países por ellos llamados “en desarrollo” o “emergentes”. Tomemos el caso de Brasil, país con un potencial de crecimiento económico envidiable, contenido hace 20 años por la transferencia masiva de sus excedentes para el exterior en forma de pago de intereses, remesas de ganancias y otros mecanismos de especulación, como lo veremos adelante.

Las políticas oficiales no pueden, sin embargo, contener una economía informal en expansión todos estos años, en la que se incluye el contrabando, el tráfico de drogas y los varios tipos de crimen organizado, como los secuestros, los juegos de azar, etc. Pero la prensa internacional se ha dedicado a confirmar las previsiones oficiales de una recuperación del crecimiento en el presente año de 2001. Estas no son sin embargo las previsiones de los economistas no oficiales. Las razones son simples a pesar de una recuperación del crecimiento del PIB en 3,7%, en 2000 las exportaciones no se han recuperado. Por el contrario, han disminuido en valor absoluto. Y sólo no sucede una crisis cambiaria más grave debido a la disminución dramática de las importaciones, también en términos absolutos. En consecuencia, Brasil ha disminuido aún más, en el presente año, su participación en el comercio mundial. Lo interesante es el desprecio por los datos. Un país que ha disminuido su participación en el comercio mundial desde 1994 es presentado a la opinión pública y al sector bien remunerado de la profesión de economista como un ejemplo de equilibrio cambiario (!).

Para neutralizar el déficit comercial (que había aumentado drásticamente entre el 94 y el 98) y el pequeño superávit que se consiguió en el 99 a través de la disminución de las importaciones, se recurrió y aún se recurre a tasas de interés absurdas para pagar una deuda pública generada exclusivamente para atraer dólares del exterior, ingresados en el país a través de facilidades absurdas. Para comprender el efecto de esta política, basta decir que no hubo aumento de gastos en ninguna actividad del sector público en todos estos años. Los salarios de los servicios públicos están congelados desde 1994. Desde entonces no se realizó una sola inversión significativa en infraestructura o cualquier sector. Sólo se vendieron empresas públicas generando así alguna renta para el Estado pronto utilizada para pagar el servicio de la deuda. Otra

prueba de la ausencia de gasto público es la mantención y aumento del superávit fiscal primario (entradas y salidas, excepto pagos de intereses), otra vez con el objetivo de pagar el servicio de la deuda pública.

Lo más dramático de este cuadro es que la deuda pública ha crecido de 61 mil millones de reales en 1994, cuando se inició el plan real, hasta 650 mil millones en nuestros días, según los datos oficiales. ¿Cómo es posible aumentar de manera tan espectacular la deuda pública mientras se cortan gastos y se aumentan las entradas fiscales?

La razón se encuentra en ciertos manejos de la “teoría” económica al servicio de intereses inconfesables. El argumento es más o menos así: se necesita moneda fuerte o un ancla cambiaria para detener la inflación; esto provoca déficit cambiario. Para cubrir el déficit se necesita importar capitales de corto plazo, y la única manera de hacerlo es a través de la venta de títulos públicos de corta duración a altísimas tasas de interés.

Estas tasas de interés se calculan de la siguiente manera: deben ser iguales a la tasa de interés internacional (con el aumento impuesto por el FED, en 2000, la “libor” estuvo en torno al 6% al año, hoy día, con la baja dramática de la tasa de interés en Estados Unidos, ella está en torno al 1,7% al año), a la cual se suma un dato subjetivo que se traduce en un tremendo aumento de la tasa de interés, tratase de los costos correspondientes al “riesgo” de invertir en un país emergente (sin embargo de estos “riesgos” este país logró pagar al capital especulativo internacional, en 1995, el 52% de tasa de interés, en títulos públicos de los más sólidos en el mundo, con una moneda perfectamente estable y una inflación ya baja y en caída).

Cuando la tasa de interés americana estaba en 6,5%, la tasa de interés básica impuesta por el Banco Central de Brasil era de 18,5%, después de la caída dramática de la tasa de interés norteamericano al 1,7% la tasa de interés impuesta por el Banco Central de Brasil era de... 8,5%, con la misma tasa de inflación y la misma tasa de riesgo... Así se desmascaran a cada día los modelitos formales que se usan de acuerdo con las circunstancias y el grado de dinismo de los tecnócratas que gerencian el Estado.

Los lectores deben creer que estoy exagerando. A veces yo también lo creo. No parece posible una cosa así. Pero desgraciadamente es ver-

dad. Y los responsables por esta política continúan en su mayoría en el poder. ¡Y son considerados un equipo de gran competencia técnica que implantó la “responsabilidad” fiscal de Brasil (!).

¿Cómo puede ser que los responsables por desequilibrios fiscales, financieros y cambiarios de tal monta puedan ser elogiados como rigurosos defensores de los “fundamentos” de la economía? Este es un misterio que sólo puede explicarse si desplazamos nuestro análisis para el plan de los intereses económicos y políticos. Pero es necesario agregar el descalabro a que llegó la ciencia económica para permitir que tales “modelos” analíticos puedan implantarse y ser aceptados por vastos sectores profesionales.

CIENCIA ECONÓMICA Y CRIMINALIDAD

¿Qué seriedad podemos atribuir a conceptos pretendidamente económicos como el llamado “riesgo Brasil” que explicaría en 1994-1995 una tasa de interés del 52% anual, con una inflación de cerca del 8% en el mismo año? ¿Cómo se calcula este riesgo? ¿Cuáles son sus componentes y cómo se mide la incidencia de los mismos? Sin embargo, estimados lectores, fueron transferidos miles de millones de dólares a inversionistas de todo el mundo en nombre de la competencia técnica de los formuladores de tales charlatanerías y el pueblo brasileño sufre hasta nuestros días con las consecuencias de estas decisiones.

Lamento tener que plantear la cuestión en estos términos policiales. Pero esta es la posición de la procuraduría pública en Brasil en este momento. Por lo menos con relación al caso de la desvalorización del real en enero de 1999. El entonces presidente del Banco Central hizo operaciones en dólares según el precio antiguo con, por lo menos, tres empresas financieras entre las cuales una de ellas estaba ligada a él, amigos y familiares.

El presidente del Banco Central, en esta época, era un destacado economista del grupo de la PUC de Río que asumió el poder con la adopción del plan real. El argumento para ayudar estas empresas con cerca de 1,5 mil millones de dólares fue inventado en una improvisada carta escrita un día después de la operación por una también destacada funcionaria de segundo rango. Según ella, la no concesión de esta ayuda a las empresas financieras señaladas provocaría un “riesgo sistémico”. En

el caso de que estas empresas realizaran sus operaciones con los nuevos valores cambiarios, estaría amenazado todo el sistema financiero brasileño. Después de mucho examinar el asunto y seguramente no pudiendo comprobar la existencia de este riesgo tan subjetivo, las autoridades judiciales del país decidieron procesar las autoridades financieras involucradas en estas claramente fraudulentas operaciones.

¿A cuántos casos de prisión llegaríamos si entrásemos en un análisis riguroso de los pretendidos conceptos científicos usados por las autoridades financieras para justificar la transferencia de miles y miles de millones de dólares de nuestros contribuyentes para las manos de los titulares de deudas públicas y varios otros títulos respaldados por conceptos de dudosa validez científica?

La verdad es que necesitamos rigurosos controles de la opinión pública sobre estas operaciones que se hacen hoy a la sombra de secretos bancarios, altas competencias pretendidamente incuestionables, poderes discriminatorios a veces asegurados por leyes a los bancos centrales y otras entidades financieras. Para darles respeto y dignidad a estas operaciones se creó un lenguaje económico tan subjetivo y tan hermético como aquél de los padres y médicos de la edad media que utilizaban el latín para protegerse de la curiosidad de los legos.

Continuemos nuestro análisis considerando los argumentos sobre la posibilidad de disminuir drásticamente la tasa de interés en Brasil. Hay casi un consenso sobre la imposibilidad de disminuirla a niveles próximos de la tasa internacional. Otra vez estamos frente a categorías analíticas de bajo rigor científico como el llamado “riesgo Brasil”.

En 2000, las autoridades financieras, bajo fuerte presión de la opinión pública, se vieron obligadas a disminuir la tasa de interés de los títulos públicos del 18% para el 17,5% y el 16,75%, con un claro indicativo para continuar bajándola. No han faltado los comentarios contrarios a esta baja.

La oposición dudaba si la baja continuaría debido a los enormes compromisos financieros internacionales que asumió el gobierno, además del enorme déficit cambiario que enfrenta el país debido a la política del plan real.

No obstante, en 2001, bajo el impacto del “caso argentino”, la tasa de interés volvió al 18,5%, nivel en que se encuentra hasta medios de

2002 cuando, como vimos, la tasa de interés mundial entró en baja violenta. Es evidente que no será posible ampliar las exportaciones del país con tales tasas de interés. Ni podrá haber una recuperación económica estable sin una baja significativa de estas tasas. Es necesario disminuir el grado de intervencionismo a que el capital financiero ha sometido nuestras economías, mientras defiende el no intervencionismo en los otros sectores de la economía, donde el Estado sí necesita intervenir, como el sector social, las políticas industriales, etc.

Además, el Estado sí debe intervenir en las políticas financieras pero en el sentido de contener el capital financiero y su poder, con el objetivo de facilitar el financiamiento de las actividades productivas que sí cabe al Estado proteger. Es hora, por tanto, de una verdadera innovación de la ciencia económica. Hay que comparar estas experiencias de políticas económicas y sus efectos en vez de proponer doctrinas extremadamente negativas que tienen por objeto limitar la capacidad de avance de la humanidad. Es hora de poner lo real (es decir, la realidad y no la moneda que trae este nombre para confundir) en primer plano y comparar con criterio y sabiduría. La teoría deberá renovarse a la luz de los hechos. Si no lo hace, está fallando gravemente.

LA CONTABILIDAD Y EL CRECIMIENTO

Debemos, por lo tanto, incursionar más profundamente en la cuestión teórica. Hace mucho tiempo la contabilidad macroeconómica de América Latina se ve sometida a principios y metodología impuestos por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Trátase de asegurar ciertos principios de información necesarios para la comparación entre las varias economías nacionales y para la toma de decisiones del sistema financiero internacional.

Trátase, por lo tanto, de cuestiones técnicas de interés de un estrecho grupo de funcionarios internacionales y nacionales. Por lo menos es lo que se pretende en los medios tecnocráticos y académicos. Nosotros no hemos estado nunca de acuerdo con esas pretensiones. Por el contrario, demostramos ya en los años 60 que los sistemas de contabilidad vigentes en nuestros países, muchos de ellos impuestos por las organizaciones internacionales ocultaban los fenómenos más importantes para la orientación de nuestras políticas económicas.

Mostrábamos, por ejemplo, la creciente sumisión de nuestras economías a déficits en el sector servicio, como los fletes y los pagos de *royalties*, y a un balance negativo en la cuenta de capitales, en la medida que la salida de ganancias e intereses se sobreponía a la entrada de capitales a largo plazo. Mostrábamos así la necesidad de recurrir, desde aquella época, a préstamos internacionales que harían explotar la cuestión de la deuda externa de la región.

Las aventuras del financiamiento externo de los años 70, proporcionado por la creación de los excedentes del petróleo y su reciclaje por los bancos internacionales aumentó aún más los mecanismos del endeudamiento estructural que, asociados al aumento de las tasas de interés en los años 80, harían activar la bomba del endeudamiento externo.

Hasta nuestros días, estamos sometidos a esta situación estructural cada vez más grave, a pesar de que los economistas oficiales niegan la existencia de estos problemas estructurales y anuncian soluciones y mejoramientos, ajustes y falsa recuperación de crecimiento todos los años. A pesar de desmentidos por los hechos, insisten en defender sus instrumentales teóricos y analíticos fracasados como una ciencia exacta indiscutible.

Lo más grave, sin embargo, es que estos señores han ganado un poder creciente sobre las políticas públicas cada vez más sometidas a sus principios doctrinarios. Este es el caso de las cuentas públicas que se transformaron en un campo de batalla de las ideas de los nuevos escolásticos o tecnócratas en el poder. El caballo de batalla de esta mitología es el llamado “déficit” público.

Por déficit público se debe entender un dato general de las cuentas públicas, es decir, la diferencia entre las recetas y los gastos del Estado. Pero, qué parte de los gastos se considera déficit y qué parte de ellos se considera gastos normales, es materia de doctrina, de valores, de decisión pública.

En esta materia los tecnócratas no tienen nada que aportar excepto por el hecho de que están al servicio de ciertas doctrinas e ideologías donde sus intereses están mejor defendidos y representados. Por lo tanto, su pretensión de imponer políticas de gastos y decisiones de gobierno en nombre de unos principios de equilibrio macroeconómico (discutibles incluso como política económica) corresponde a una usurpación evidente de sus atribuciones y competencias.

Es así como los instrumentos de medición y cálculo económico comienzan a impregnarse de ideología y falsificación deliberada o no de los hechos. Sería enorme la lista de estos conceptos deformados al servicio de intereses no declarados. Pero el gobierno brasileño ha puesto en evidencia uno de los más interesantes aspectos de este problema al proponer al Fondo Internacional un cambio contable de grandes implicaciones.

Hace mucho el Fondo Monetario Internacional incorporó entre los datos referentes al déficit público los gastos realizados por las empresas públicas en inversiones. De esta forma, los superávits fiscales, en general, o las ganancias obtenidas por estas empresas, en particular, o los financiamientos por ellas logrados para realizar sus inversiones pasaron a ser contabilizados como gastos públicos iguales a cualquier costo de servicios públicos que no pueden obtener posterior resarcimiento.

Claro que tal conceptualización fue siempre drásticamente condenada por los economistas de formación keynesiana que se dedicaron a demostrar que el gasto público era el instrumento fundamental para superar el desempleo y el atraso económico. ¿Qué decir entonces de un gasto productivo que generaría recetas posteriores acrecidas por nuevos niveles de producción?

Es innecesario decir que este juego contable estuvo en la base de toda una campaña en contra de las empresas públicas, presentándolas como fuente de déficit público, cuando los datos mostraban en general estas empresas con superávits importantes que generaban recetas significativas para el Estado. Particularmente, las empresas de *commodities* como el cobre chileno, el petróleo venezolano, mexicano o brasileño, el acero y los minerales de Brasil, de Venezuela y muchos otros casos fueron fuentes fundamentales para los recursos del sector público.

Es evidente que si se pasa a contabilizar las inversiones de estas empresas como gastos públicos y fuente de déficits fiscales se genera un importante medio de propaganda en contra de las mismas.

Asimismo se presenta estos gastos como una fuente de desequilibrios macroeconómicos negativos cuando en realidad son factores positivos para el crecimiento económico sin los efectos inflacionarios que tales contabilidades permiten suponer.

La trampa se hace aún más grave cuando se incluye en la categoría de empresas públicas, servicios prestados por el Estado sin remuneración como es el caso de la enseñanza universitaria.

Por principio, casi todos sus gastos pasan a ser “déficits” de las empresas públicas. Y así, varias otras actividades similares, como la previsión social de los funcionarios públicos, etc.

LA CUESTIÓN FISCAL Y SUS TRAMPAS

Pero más grave aún es el efecto de esta definición sobre las exigencias del Fondo Monetario Internacional para cortar gastos públicos innecesarios e inflacionarios. Tal enfoque llevó a recortes de inversiones en la región, durante los últimos veinte años, en los cuales comprometimos definitivamente nuestro desarrollo al aceptar la tutela del FMI.

En Brasil, por ejemplo, el ahorro del gobierno, que representaba el 5,58% del PIB entre 1971 y 1980, cayó para -0,4% entre 1981 y 1990 y 1,59% entre 1991 y 1996. Esto significó, de hecho, el fin de cualquier inversión pública y la casi paralización del país. Es fácil comprender las consecuencias de estas políticas no solamente en el crecimiento de la economía, sino también sobre el sistema de educación, salud, transporte, vivienda y otros sectores sociales que dependen cada vez más de la inversión pública.

Y no podemos decir que la inversión privada logró sustituir la ausencia de inversiones estatales.

Aun sin considerar el hecho de que los inversionistas privados raramente se interesan por atender a la masa de los consumidores sin recurso, existen aún los problemas de la falta de ahorro privado, de la concentración de aplicaciones financieras extremadamente rentables, de la falta de tradición empresarial en el sector privado, del desinterés del capital internacional por inversiones productivas en los países en desarrollo y, finalmente, el alto costo del dinero, hecho generado por determinación de la política económica y por las violentas tasas de interés pagadas por el Estado.

Por estas razones, el ahorro privado tuvo un aumento de 1971-80 a 1981-90, 12,35% del PIB para 19,67%. Pero en el sexenio siguiente (1991 a 1996) el ahorro privado ya había caído para el 16,95% del PIB del

Brasil. En lo que respecta al ahorro externo él representó el 3,87% entre 1971-80, cayendo para el 1,57% en 1981-90 y finalmente el 0,83% en 1991-96.

Nada de esto impide a los ideólogos tecnócratas continuar afirmando que sus políticas facilitan la entrada de capital externo y la financiación externa de nuestras economías. Está, por lo tanto, muy claro como los agentes de estas economías terminan por refugiarse cada vez más en la economía informal, que se encuentra relativamente protegida de la competición internacional a través de mecanismos tales como el no pago de impuesto y la baja remuneración de la mano de obra que no cuenta con el apoyo del Estado.

Esta economía de la miseria, tan elogiada por muchos científicos sociales de la región, saludados por la prensa internacional como grandes teóricos del atraso, se va expandiendo a niveles impresionantes. Otra vez utilizamos los datos de Brasil. Según cálculos del Instituto Brasileño de Geografía y Estadísticas (IBGE), el empleo en el sector informal ha crecido del 52% del total del empleo en Brasil en 1990 para el 62% en 1999.

Es muy interesante constatar el hecho de que una administración tan subordinada a las metas del FMI, como el presente gobierno de Brasil, se haya visto obligada a postular una revisión del concepto del déficit fiscal aplicado por el FMI, eliminando de éste la cuenta de los gastos en inversiones de las empresas estatales que han sobrado del huracán privatista que vivió el país. Lo extraño es la constatación de que los varios gobiernos del país y de la región hayan aceptado una violencia conceptual tan grande por tanto tiempo. Pero no debemos asustarnos de esos absurdos. Como vimos, el actual gobierno de Brasil es presentado al mundo como un modelo de rigor fiscal. Sin embargo, entre 1994 y 2000, él elevó el déficit público del gobierno federal de cerca de 64 mil millones de reales para cerca de 650 mil millones de reales!!!

Cómo que una tal irresponsabilidad fiscal pudo ser convertida en un modelo de rigor fiscal es una de estas obras de propaganda política, apoyadas en la ausencia de cualquier honestidad científica que asustan a cualquiera.

Como se ve, las opiniones dominantes no tienen que apoyarse en hechos. Basta que sean del interés de aquellos que la transmiten. Sin

embargo, los hechos terminan por imponerse. Esperamos que la propuesta del gobierno brasileño, por tratarse de un cliente tan obediente, pueda sensibilizar a los técnicos del FMI. La opinión pública ya se encuentra bastante sensibilizada en cuanto a su apoyo tan incondicional a las privatizaciones.

En encuesta reciente del Latinobarómetro se constata la caída impresionante de apoyo a las privatizaciones en la región. En Brasil, por ejemplo, la discordancia de las privatizaciones representaba solamente el 43% de la población en 1998 y llegó al 61% en el año 2000. Un aumento similar se encontró en todos los demás países de la región.

La desilusión con el programa de reformas neoliberales en el plano económico se derrama sobre la confianza en el régimen democrático. En Brasil, la aprobación del régimen democrático es una de las más bajas de la región. Solamente el 35% de los brasileños se encuentra satisfecho con la democracia, según esta misma fuente de investigación. Trátase de uno de los más bajos índices de toda la región que solamente pierde para el Paraguay, donde el apoyo a la democracia se mantiene en el 31%.

Es pues asustador constatar que la población de un país tan clave en el hemisferio occidental se encuentra tan alejada del ideal democrático y tan insatisfecha con su aplicación. Tenemos sin duda que aceptar que esta usurpación del Estado por los tecnócratas y el carácter absurdamente conservador y hasta reaccionario de sus decisiones, al servicio de las fuerzas sociales más negativas, es una razón fundamental para la desilusión de una población que luchó hasta muy recientemente en contra de una poderosa dictadura militar.

Estas constataciones nos conducen sin embargo a la necesidad de repensar nuestra realidad continental a la luz de nuevos hechos políticos e ideológicos que quizás nos permitan abrir perspectivas de acción más ligados a los intereses de las mayorías sociales.